

Editorial

Don Ernesto y los demás

V. MARTÍNEZ SUÁREZ

*Pediatra. Centro de Salud El Llano (Gijón).
Expresidente de la SCCALP*

En buena medida, una sociedad profesional es el rostro visible del colectivo que en ella se relaciona y al que representa. Si esta no tuviera fisonomía sería porque tal colectividad carece de rostro espiritual, de conciencia unitaria. En los rasgos que la configuran y definen, la SCCALP expresa la sensibilidad, la aspiración y el mismo criterio científico de la mayoría de nosotros. Quienes la fundaron hicieron de ella un punto de encuentro, que no otra cosa es la voluntad de compartir, de unir las partes. Sobre esta voluntad, la apetencia emocional y el vago ideal. Y para que todo ello se materializase y realizase, el advenimiento milagroso y el concurso fortuito de un hombre. Digo un hombre como podía haber dicho varios, o tal vez muchos. Tanto monta.

Ahora que nos encaminamos a celebrar los 65 años de ese proyecto enormemente fecundo en varias direcciones, debería insistirse en algunos hitos recientes que explican que este conjunto triautonómico de pediatras haya decidido mantenerse tal como fue concebido y tal como vino siendo hasta ahora, a veces en contra de vientos políticos y presiones de grupos particulares. En el número 168 de nuestro *Boletín (Memoria General de la SCCALP, enero de 1998)*, los doctores Solís, Alberola y Marugán de Miguelsanz dejaron sellado uno de nuestros referentes primeros: el propio devenir de la Sociedad, la voluntad heredada y el ya amplio –y en general sereno– discurrir de los acontecimientos. Si no se hubiese entendido así, no se habrían logrado alcanzar estos casi 13 lustros de andadura. El valor de aquella acción fundacional no puede prescindir de sus provechosos efectos



y consecuencias. Todo en su realización ha sido interés, labor y diligencia de gente comprometida, aunque hay nombres que sobresalen por derecho, por razón de justicia.

Se cumplen ahora 25 años del fallecimiento del profesor Sánchez-Villares, y resulta inexcusable recordarlo en estas

Correspondencia: Dr. Venancio Martínez Suárez. Centro de Salud El Llano (Gijón).
Correo electrónico: martinezvenancio@uniovi.es

© 2020 Sociedad de Pediatría de Asturias, Cantabria, Castilla y León
Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia Reconocimiento-No Comercial de Creative Commons (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/es/>), la cual permite su uso, distribución y reproducción por cualquier medio para fines no comerciales, siempre que se cite el trabajo original.

páginas. Y al repasar lo que fue su vida, hacerlo con un sentimiento de respeto, admiración y gratitud. Su categoría científica, profesional y humana no puede ser resumida en un espacio tan breve como este; tampoco parece que sea el momento de exponer la magnitud y calidad de su actividad asistencial, de su tarea investigadora o de sus publicaciones, de sus méritos, puestos oficiales y distinciones honoríficas. Y no creo que deba de ser quien esto suscribe el que deba dar el detalle de su trayectoria, tan conocida por los que compartieron su día a día durante años. Para conocer todos esos aspectos debiera consultarse lo dicho por su discípulo predilecto, el profesor Crespo Hernández, y lo que algunas notas necrológicas en diferentes medios esquemáticamente exponían de lo más sobresaliente de su currículum. Así, lo aparecido en el *Boletín de Pediatría* número 35 de 1995. O en el magnífico texto *Estudios de pediatría: homenaje al profesor Sánchez-Villares*, editado por la Universidad de Valladolid en 1996. Es de gran interés la glosa a lo que fueron sus cualidades humanas y todos sus logros que a lo largo de los años nos han ofrecido Sánchez Granjel, Álvarez Guisasola, Alfredo Blanco, Julio Ardura, Collado Otero y el patriarca vivo de la pediatría española, don Manuel Cruz. Puede que su labor docente, orientada por su amor a la Universidad y a la medicina infantil, y la creación e impulso de la SCCALP hayan sido sus obras más queridas.

En el aspecto humano, mi valoración se ha formado mayoritariamente por personas interpuestas, habiendo coincidido personalmente con él en escasas ocasiones y por breve tiempo. La primera vez en el Memorial celebrado en Santander en el año 1991, al que llevaba mis primeras comunicaciones como Residente de primer año recién estrenado. Estaba sentado en el Palacio de Congresos junto al doctor Manuel Crespo, que me llamó al pasar a su lado y me lo presentó como hijo de mi padre: “Venancio empezó ahora con nosotros y es hijo del pediatra de Navia”, respondiendo él: “¡Ah, el de la claumatografía!”. Evidentemente, su memoria y su rapidez para activarla me sorprendieron. Luego pude saber más de la relación que ambos mantuvieron al leer algunas cartas que se habían intercambiado a mediados de los años sesenta con motivo de los originales estudios realizados por el “pediatra de Navia” sobre el llanto infantil. A partir de aquel encuentro le pude saludar un par de veces más y le pude oír hablar en público en alguna reunión profesional, en las que se mostraba siempre didáctico, claro, seguro, preciso sin retórica, con escasas citas ajenas, todas oportunas. Y durante mi especialización fui leyendo tam-

bién alguno de sus trabajos y colaboraciones en las revistas pediátricas españolas, especialmente en nuestro *Boletín*, que revisé completamente al llegar a la presidencia de la Sociedad. Esto último me ha permitido valorarlo como persona inquieta y de gran ambición intelectual, de gran cultura y como excelente escritor. Todo ello dio como corolario una escuela pediátrica todavía activa, transcurridas casi cuatro generaciones. Puedo asegurar que los que se sienten sus seguidores lo recuerdan con veneración y en toda ocasión lo hacen saber. Nuestro *Memorial* ha sido el escenario natural para recoger esas manifestaciones de fidelidad y devoción, dejando sus autores en nuestra revista páginas admirables como crónica de nuestra historia común.

Como “locuaz, sociable y clarividente” definía Miguel Delibes a don Ernesto, añadiendo: “Sánchez-Villares, hombre de mucho talento, sabía dejar espacios huecos para que los demás intervinieran, se acercaran al tema. En sus habituales tertulias, la humanidad de don Ernesto se hacía notar soñador... ¡qué fácil le resulta conectar con los colegas más jóvenes e infundirles ánimos, inquietudes, ilusiones! Se nos ha ido el hombre que marcó su vida con una febril actividad”. Para el doctor Crespo era “generoso en el dar, olvidadizo en el recibir, ávido en el saber, aglutinador de discrepantes... La Pediatría ha perdido a un experto clínico; la Universidad, a uno de sus mejores docentes; los niños, a su gran valedor; la sociedad, al Pediatra con mayúsculas; las familias vallsolietanas, al gran profesional y mejor persona; todos, a un amigo”. Dos años más tarde, en el momento de su ingreso como Miembro de Número de la Real Academia de Medicina del Principado, su inquebrantable amigo dejaba nuevas palabras de recuerdo y llenas de emoción: “Don Ernesto donde fue sembró amistad e hizo de ella la clave de su quehacer diario; un auténtico caballero castellano de buen hacer y sentir en todos los momentos de su vida”. [...] “Veneró con generosidad a su maestro. Se entregó incondicionalmente a sus discípulos. Respetó y admiró a sus colegas. Quiso a los suyos, y ennobleció el bello arte de médico de niños y de profesor universitario”.

Pronto (en junio de 2022) se cumplirá un siglo de su nacimiento en el pueblo vitigudínense de Villavieja de Yeltes, en la antigua Tierra de Ciudad Rodrigo. Ya sin epidemias perturbadoras que puedan difuminar su recuerdo podremos retomar los planes que la actual Junta Directiva preparaba para conmemorar el 25 aniversario de su desaparición, que será de homenaje feliz y agradecido a su figura, a “los demás” y a lo que representamos nosotros todos.